

En la muerte de Gilberto Freyre: Adiós a un brasileño universal

JULIÁN MARÍAS*

* Valladolid, 1914. De la Real Academia Española.



En el transcurso de la elaboración del presente número de nuestra revista hemos recibido la dolorosa noticia de la muerte de Gilberto Freyre, miembro del Consejo de Redacción de nuestra revista.

Sin perjuicio de dedicar a su figura y a su significación intelectual una más amplia referencia en números sucesivos de la revista, reproducimos aquí el artículo que Julián Marías dedicó a su persona en esta ocasión infausta.

Agradecemos a «ABC» el habernos permitido publicarlo en nuestras páginas.

E llaman, casi **M**simultáneamente, de «ABC» y del Instituto Joaquim Nabuco, de Recife, en el Estado de Pernambuco, en el nordeste de Brasil, para darme la triste noticia: acaba de morir Gilberto Freyre. Enorme pérdida, y no sólo, ni mucho menos, para su país natal. Es probable que no sean muchos los españoles e hispanoamericanos que sepan que han perdido una de sus mejores mentes. Para mí es, además, la marcha de un amigo excelente y querido.

Lo conocí hace muchos años, casi por azar, en Heidelberg, en cuya vieja universidad coincidimos para dar unas conferencias. Había estado no mucho antes en Madrid,

donde no lo había conocido por estar yo ausente. Me contó que cuando le ofrecieron un modesto honorario por una conferencia, pidió en vez de ello los volúmenes entonces publicados de la edición de mis *Obras*. Me conmovió esa muestra de interés, nunca desmentido, desde la introducción que escribió a la traducción portuguesa de *La estructura social* hasta el comentario que dedicó el año pasado, ya viejo y con la salud quebrantada, a *España inteligible*. Porque Gilberto Freyre, tan brasileño, tan pernambucano, se sentía radicalmente hispano —uno de sus libros se titulaba *O brasileiro entre os outros hispanos*— y nada en nuestra lengua le era ajeno.

Había comentado que era una fortuna para un brasileño culto tener dos lenguas maternas, poder leer en la propia no

sólo a Camoens o a Gil Vicente o a *Eça* de Queiroz o a Machado de Assis, sino, igualmente, a Fernando de Rojas, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Cervantes, Ganes, Unamuno, Ortega. Me hacía pensar en esos españoles que, por poseer una lengua regional, creen que el español no es su lengua. Pero Gilberto Freyre, precisamente por ser pernambucario, por tener sus raíces bien claras, era un hombre universal, que conocía admirablemente toda la cultura europea y la de los Estados Unidos, que había estudiado y luego enseñado en los dos continentes, que sabía profundamente innumerables cosas. Era sociólogo, etnólogo, filósofo; pero un día descubrimos que él y yo poníamos en nuestros documentos de identidad: *Escritor*.

Lo era admirable, lleno de vigor, de invención, de lirismo; sin pesadumbre, que va mal a la pluma. Sus libros son casi una biblioteca; su información de primera mano asombra; pero toda ella está asimilada, hecha asunto personal, recreada, pensada, expresada con extraña fuerza literaria. Su gran libro de 1933, *Casa Grande & Senzala*, el primero suyo que leí en 1954, comprado en mi primera visita a Brasil, me llenó de entusiasmo. Gilberto Freyre era uno de los grandes intelectuales del siglo **XX**, con el cual había nacido en 1900. La América hispana o ibérica —tanto da— ha tenido en él, durante tantos años, acaso su mejor cabeza teórica.

He hablado con bastante detenimiento de la significación de su obra intelectual. En mi libro *Hispanoamérica* (Alianza Editorial, 1986) hay tres ensayos sobre Gilberto Freyre y no pocas menciones de su figura y sus ideas. Pero aquí quiero hablar solamente de su persona. El rasgo dominante era el entusiasmo —uno de los menos frecuentes en el mundo intelectual de hoy—. El de Gilberto Freyre se extendía a todo: a las ideas, a los países y las ciudades, a las mujeres, a los paisajes, a los libros, a los amigos, a los viejos muebles de su casa de Recife, rúa Dois Irmafos, en Apipucos; a los platos sabrosos, a los cigarros, hasta el coñac de *pitonga* que él mismo fabricaba y en el cual ponía especial orgullo.

Había escrito con inmenso saber sobre el Brasil patriarcal, y era a su modo un patriarca del siglo **XX**. Había que verlo en su hermosa casa, rodeado de vegetación tropical —su verdadero mundo—, con Magdalena, su mujer; sus hijos, nueras y nietos, sus discípulos. Pero no era un *Herr Professor*, un *Gelehrter*, un *scholar*, aunque supiera más que una docena de ellos juntos. Todo en él era vivo, nada letra muerta o seca erudición. Tenía una mente hospitalaria, abierta a todo, nunca dispuesta a confinarse en una especialidad. Ninguna cuestión verdadera le parecía ajena: nunca pensaba que «no tenía que ver con él».

Fue inspirador de generaciones de estudiosos e investigadores. El Instituto Joaquim Nabuco de Pesquisas Sociais —así se llama oficialmente lo que fue su hogar intelectual— es algo jugoso, flexible, compuesto de personas, tejido con relaciones personales. Lo humano domina absolutamente, en-

vuelve lo institucional, como la vegetación tropical *abraz*a todo lo que se construye. Por eso se puede confiar en las consecuencias científicas de la larga vida de Gilberto Freyre: porque era, literalmente, y no como un encarecimiento, fecunda.

La clave de la actitud vital de Gilberto de Mello Freyre era el gozo ante la realidad. Y esa fruición impregnaba su trabajo intelectual, que para él no era trabajo, sino deleite, apasionada consideración de las cosas, que se reflejaba en su manera de escribir. Uno de los libros más sabrosos que compuso, y de los que más iluminan el sentido de su vida, es *Tempo morto e outros tempos*, una autobiografía de juventud, «Fragmentos de un diario de adolescencia y primera mocedad», entre 1915 y 1930; es decir, entre los quince y los treinta años. Recife, diversas ciudades de los Estados Unidos, sobre todo Nueva York, Waco, Washington; y luego París, Berlín, Munich, Londres, Oxford, Lisboa, Coimbra, y vuelta a Recife, Río, y siempre Recife, Recife, elegido para vivir después de pasearse por el mundo. Pero todo el libro respira entusiasmo; todo interesa al jovencísimo Gilberto, en todo se complace, todo lo asimila; aprende, pero no para acumular conocimientos, sino para hacer con ellos *su vida*. Para comprender mejor lo que cae en su ámbito, porque el órgano para entender la realidad es la vida misma, instrumento para dar razón, lo que se llama desde 1914 *razón vital*.

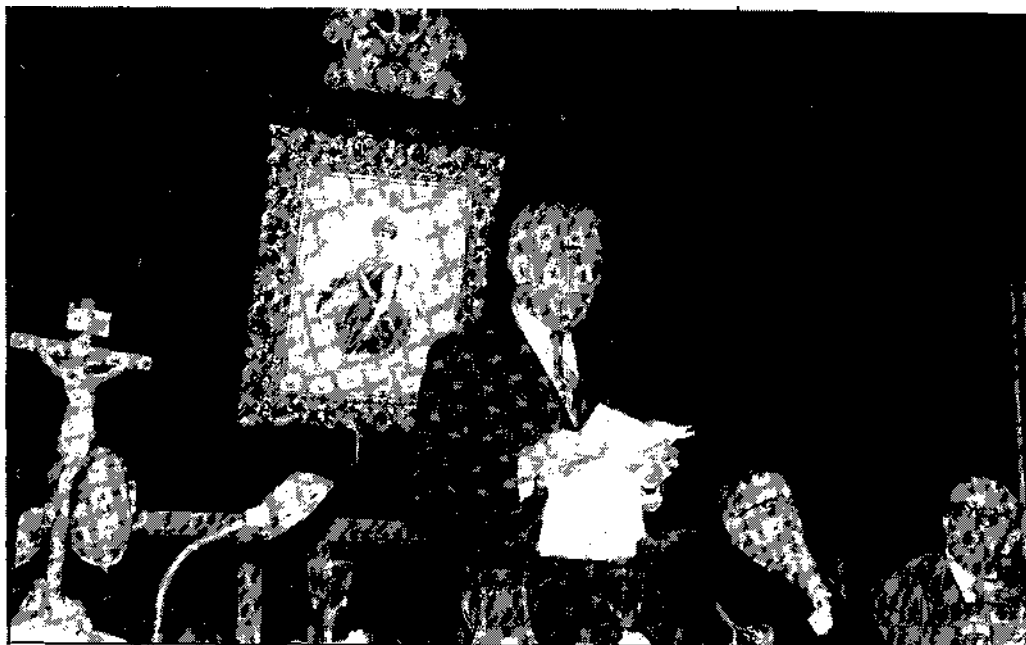
Gilberto Freyre llegó a saberlo, a conocer esta doctrina española, orteguiana; pero creo que desde el comienzo de su vida, sin duda antes de leer a Ortega, la puso en juego, porque intuyó su radical verdad. Al dejar fluir en espontaneidad su pensamiento, pertrechado con tan ricos saberes en varias lenguas, con innumerables libros devorados después de paladearlos, al ejercitar de verdad su razón, movilizaba la razón vital, que es la razón sin más. Hace cuarenta años expliqué que ese nombre, razón vital, podrá dejar de usarse cuando se haya visto que las otras formas de la razón — razón pura, razón físico-matemática, razón de Estado— son formas particulares, limitadas, provincianas, de la razón sin necesidad de adjetivos.

Tenía Gilberto Freyre una magnífica cabeza. ¿De intelectual? No sé; preferiría decir de hombre inteligente. Le hice alguna vez excelentes fotografías; en ellas era inmediatamente visible algo que escasea siempre, quizá un poco más en nuestro tiempo: talento. Siempre he creído que el hombre, en lo que tiene de realidad psicofísica, apenas ha cambiado en las épocas históricas; no sé qué pasaría con el hombre de Neanderthal, pero estoy persuadido de que desde el viejo Egipto hasta hoy las diferencias son mínimas, y los niños de todos esos siglos han variado poco, y si se hubieran medido los «cocientes de inteligencia» serían de estadísticamente constantes. Pero es que no se trata de eso,

sino del angostamiento o

dilatación de la vida, y por eso el talento apenas depende de las «dotes», y casi enteramente de lo que se hace con ellas; es decir, con la vida. Esta era la fuente del talento magnífico de Gilberto Freyre.

Acabo de perder a un amigo. Nuestros encuentros no han sido muy frecuentes; algunas cartas suplían la presencia; los libros hacían lo demás; los suyos estaban tan vivos, que lo encontraba uno en cada página. Voy a tener que releerlo con mayor frecuencia: será un modo de irle diciendo adiós despacio, de manera que se entienda *hasta luego*.



Gilberto Freyre, en 1956, durante el acto de inauguración de los cursos de verano de la Universidad «María Cristina», de El Escorial.